

La osadía femenina en cuatro *maravillas* de doña María de Zayas

Donatella Gagliardi
(Università di Napoli L'Orientale)

Aminta, Laura, Hipólita y Estela, protagonistas de sendas *Novelas amorosas y ejemplares* (1637), lejos de encarnar el estereotipo corriente de mujer débil, sumisa y callada, rompen moldes comportamentales, luchando por defender o vengar su honor, reconquistar al amado, afirmar su personalidad.¹ Doña María de Zayas² plasma en su colección de *maravillas*³ unos personajes femeninos inéditos, que no dudan en cruzar el umbral de lo prohibido con tal de alcanzar sus metas. Los cuatro relatos que es mi propósito analizar en esta contribución (“La burlada Aminta y venganza del honor”, “La fuerza del amor”, “Al fin se paga todo” y “El juez de su causa”) ponen de manifiesto la osadía tanto de la autora, como de sus criaturas literarias.

1. Con traje varonil

Dos de las mujeres que forman parte de esta pequeña galería de heroínas heterodoxas triunfan en traje varonil, que les permite actuar con total seguridad y sacar el máximo provecho de sus virtudes. Una vez conseguidos sus objetivos, ambas volverán a vestir hábitos femeninos, pero con una conciencia nueva de su fuerza y capacidades. La primera de ellas es la protagonista de la segunda *maravilla*.

1.1 La victoriosa Aminta, de engañada a engañadora

Al quedar huérfana de padres, la rica y hermosa Aminta, apenas adolescente,⁴ se muda de Vitoria a Segovia, a casa de su tío paterno, el capitán don Pedro, a la espera de que el hijo de éste, Luis, regrese de Italia y se convierta en su esposo. La extremada belleza de la joven encandila a toda la ciudad, despertando envidia en las damas y deseos en los galanes.

A la larga lista de pretendientes que le pasean la calle un buen día se añade el desaprensivo don Jacinto, natural de una ciudad de Castilla, cuyo nombre la autora prefiere omitir. Treintañero, noble, guapo y acaudalado, es hombre dado al vicio que, pese a estar casado, vive amancebado con una dama libre y sin escrúpulos, Flora, a la que hace pasar por su hermana. Cuando ella se da cuenta de que su amante se ha enamorado de Aminta hasta el punto de enfermar, le ofrece sus servicios de celestina. Con la ayuda de otra tercera, Elena, la pareja disoluta arma una trampa formidable en la que la ingenua e inexperta niña no puede dejar de caer. Así pues Jacinto y Aminta se

¹ Cotoner y Riera (295) clasificaron a los personajes de Aminta, Hipólita y Estela entre los del tipo C: mujeres “que reaccionan con decisión contra su destino infortunado para salvar su dignidad [...] o, incluso, su vida. Son activas, listas y valientes”. Laura Carafa, en cambio, sería una representante del grupo A1: damas “que son engañadas por los hombres [...] y acaban refugiándose en un convento”. *Vid.* p. 292. Sin embargo, bien mirado, ella también toma las riendas de su destino y no se conforma con el papel de víctima pasiva, como me propongo demostrar en las páginas siguientes.

² Remito a Gagliardi (2018) para una semblanza de esta enigmática autora y el reciente hallazgo de documentos notariales que parecen arrojar luz sobre su biografía.

³ Así denominó Zayas los cuentos que reunió en la recopilación de 1637, mientras que los que publicó diez años más tarde los llamó *desengaños*.

⁴ Aminta, quien ya ha perdido a su madre, tiene “de doce a catorce años cuando a la puerta de los de su padre llamó la muerte [...]” (Zayas 2000, 214).

unen secretamente en matrimonio ante un vicario cuando menos superficial,⁵ sin que don Pedro ni su mujer barrunten nada. Tras reparar en la desaparición de su sobrina, éstos hacen diligencias discretas para evitar el público escándalo, pero, al no lograr localizarla, no les queda más remedio que recurrir a un pregón.

Asustado por las pesquisas de la justicia, Jacinto, que mientras tanto ha satisfecho su capricho desflorando a Aminta, opta por marcharse precipitadamente de Segovia, pero antes elimina al único testigo que hubiera podido identificarlo y culparlo (Elena, a quien dispara a bocajarro), y se deshace de la carga de Aminta,⁶ que deja en casa de una lejana parienta suya, doña Luisa. Allí la desdichada novia no sale de su asombro al enterarse de que su marido es bígamo y se llama Francisco, además de que Flora en realidad no es la hermana sino la amante del sinvergüenza, y que alguien ha matado de un pistolazo a su vecina y alcahueta, Elena. Pasmada y hundida por haber causado la deshonra familiar, Aminta esa misma noche intenta quitarse la vida, sin embargo, la detiene la intervención de Martín, hijo de Luisa, que ha quedado prendado de ella.

Los dos se fugan juntos en busca del cínico burlador y su concubina, de quienes Aminta quiere vengarse con sus propias manos. Y lo hará, disfrazada de pajecillo, matándolos con una daga, al cabo de un mes de servir en su casa, para luego huir otra vez con Martín y empezar junto a él una nueva vida en Madrid. Allí vivirán felices como legítimos consortes, en compañía de doña Luisa, que sellará con ellos un pacto de silencio sobre todo lo acaecido.

La protagonista cambia de identidad varias veces durante sus peripecias: cuando su flamante marido la esconde (o, mejor dicho, la abandona) en casa de doña Luisa, para no levantar sospechas, Aminta adquiere el nombre de doña Vitoria (quizá en homenaje a su ciudad natal), “porque el suyo era muy conocido en Segovia” (Zayas 2000, 230). Tras descubrir quién es realmente su esposo, despierta de la simpleza en que estaba dormida y, superado un ataque de desesperación, empieza a pensar “cómo [s]e sepa valer” –tomo prestada unas líneas del *Lazarillo*–. La perspectiva de rehacer su vida con Martín, quien le declara acto seguido su amor y la intención de casarse con ella, es sin duda alentadora, pero la joven es consciente de que antes deberá pasar cuentas personalmente con el traidor que la ha engatusado y con su cómplice. Así se lo anuncia a Martín: “supuesto que yo he sido la ofendida, y no vos, yo sola he de vengarme, pues no quedaré contenta si mis manos no restauran lo que perdió mi locura” (Zayas 2000, 236), añadiendo a continuación: “yo sé traza para engañarle como él me engañó a mí” (Zayas 2000, 236-237).

En efecto ella le pagará con su misma moneda, haciendo suyo el nombre, la mentalidad y las tácticas del falso don Jacinto.⁷ Corta su melena, viste un traje varonil y se inventa un pasado plausible para justificar su llegada a la “ciudad sin nombre” en busca de trabajo. Francisco, cual sádico narcisista, acepta que se asiente con él como paje por su asombroso parecido con Aminta (“quiero que me sirvas, por verme servido de un retrato de quien yo serví, que es gloria ver rendido a quien ha sido señor, aunque sea en figura”),⁸ y quizá también porque la biografía del muchacho parece un trasunto de la suya.

⁵ Sobre este aspecto léanse las consideraciones de Paba (215-216).

⁶ “Esa noche la trajo a su casa a la bella Aminta, tan confusa y triste como él alegre de verse fuera de aquella *carga*” (Zayas 2000, 230). La cursiva es mía.

⁷ La transformación masculina de la protagonista parece casi presagiada por su nombre de pila: como bien observó Paba (216, n. 18), “además de la mitología, son varias las obras poéticas, de Virgilio a Torquato Tasso, que tienen como personaje a un pastor” llamado Aminta.

⁸ *Vid.* Zayas (2000, 239).

Acorde con su relato, al pasado que acaba de echarse a las espaldas pertenece también una mujer, que habría seducido y abandonado, a tenor de lo que se desprende de un romance que canta para sus amos. Cuando don Francisco escucha en esos versos cómo la hermosa Celia le afea a Jacinto el fingido amor con que la embelecó, queda atónito, pareciéndole oír las quejas de la mismísima Aminta (a quien amó apenas veinticuatro horas, según reconoce sin reparos) y pregunta al paje por dicha dama:

–Tal la trataba yo -replicó Aminta-, pues cuando creyó tener marido, gozó de mi ausencia.

–¿Luego has querido? -dijo don Jacinto.

–¿Tan necio te parezco? -respondió la dama-, pues cree que he sabido querer y aborrecer, y que también sé dar disgustos y fingir cuidados, porque soy más hombre de lo que mis barbas dan muestra. Pues, aunque Flora, mi señora, dice que le parezco capón o mujer, algún día he de ser gallo, a pesar del bellaco que me ganó mi caudal y me puso en el estado en que estoy [...]. (Zayas 2000, 241-242).

A todas luces, Aminta engaña con la verdad, amenazando de forma indirecta a su amo, ya que en realidad es él el bellaco que le robó su caudal (es decir la flor de la virginidad, el tesoro máspreciado), y no el que supuestamente le hizo perder el dinero paterno en el juego, obligándole a la fuga. Ella ha experimentado en su propia piel hasta qué punto para ciertos canallas amar es de bobos, y en su diálogo con don Francisco demuestra haber aprendido muy bien la lección, pensando, actuando y hablando como el don Jacinto que la ha embaucado.

A sus 14 años, trama un plan de venganza perfecto: se gana la confianza de sus futuras víctimas (otrora sus verdugos) luciendo las múltiples gracias por las cuales destaca (sabe leer, escribir, contar, cantar y tañer), que sazona con halagos y condescendencia (“respecto de vengarse, pasaba plaza de bufón”⁹), y con extremada frialdad la noche señalada para la doble ejecución capital cruza el umbral del dormitorio de sus enemigos, dispuesta a darles la muerte. La noticia recién llegada de que su tío Pedro ha fallecido por el dolor de la deshonra acelera el curso de los acontecimientos y le hace tomar la iniciativa. Asesina primero a su marido traspasándole el corazón con una daga, sin mediar palabra, y luego a la abyecta Flora, que hiere de entrada por la garganta (tal vez por una suerte de *contrapasso*, ya que ella supo engatusarla con su labia), rematándola finalmente con tres o cuatro puñaladas por los pechos.

Acto seguido se fuga con su novio (cuyos ataques de celos durante la gestación de la *vendetta* ha sabido mantener a raya con firmeza), viajando los dos, camino de Madrid, ricamente ataviados, tras abandonar los disfraces de mozo de mulas y pajecillo. Por eso mismo la pareja no encaja bajo ningún concepto en el perfil de los fugitivos, ni levanta sospecha alguna en los oficiales de justicia que se topan con ella.¹⁰ Aminta ha sido capaz de imitar el *modus operandi* de su burlador hasta el último detalle (se ha acercado a él con una falsa identidad, falso móvil y falso acompañante, que ha hecho pasar por su hermano), y ha conseguido la revancha contando solo con su ingenio: Martín se ha limitado a proporcionarle amparo durante el viaje a la “ciudad sin nombre” y una coartada para la huida. La dama logra así vengar su honra (y de paso enviudar, lo que la libraría de cometer ella también bigamia), pero deberá pagar un alto precio por ello: olvidarse de su familia y renunciar a la herencia. Luis, primo y prometido, en balde

⁹ Vid. Zayas (2000, 244).

¹⁰ Para colmo, Aminta y Martín con exquisita cortesía invitan a comer al corregidor, quien les cuenta los pormenores de la investigación en curso sobre el dúplice asesinato.

esperará que regrese a Segovia. Aminta ha desaparecido para siempre jamás: la mujer casada que vivirá feliz en Madrid es Vitoria, y con razón podemos decir en este caso *nomen omen*.

1.2 La trayectoria de Estela: de esclava a capitán, virrey y princesa

No cabe duda de que Zayas bebió de sendas fuentes lopescas (*Las fortunas de Diana* y *El juez de su causa*) a la hora de elegir argumento y título de la novena *maravilla*, como se encargaran de demostrar *in primis* Ricardo Senabre y luego otros especialistas.¹¹ La novela puede dividirse en dos partes bien distintas. La primera gira en torno a los avatares de una pareja de enamorados (Aminta y Carlos), separada por la codicia de los padres de ella, la desenfadada pasión de un moro recién rescatado (Amete), y los celos de una dama de libres costumbres, que adora y sirve a Carlos disfrazada de paje (Claudia/Claudio).

Días antes de fugarse a Barcelona con su prometido, para sustraerse así a la boda que su familia ha pactado con un rico conde italiano, Estela es raptada por Amete con la complicidad de Claudia, y llevada junto a ella a Fez, donde acaba siendo esclava de su secuestrador, cuyas insinuaciones no se cansa de rechazar con firmeza. La noche en que éste intenta violarla, se resiste con todas sus fuerzas, presta a morir antes que perder la honra. Cuando ya está a punto de sucumbir, la salva la intervención providencial del príncipe Jacimín, quien le devuelve la libertad y la provee de dinero, joyas y escoltas para su viaje de vuelta a casa.

Empieza aquí la segunda parte de la novela, que narra la fulminante carrera político-militar de Estela en traje varonil, enlazando con la primera de forma débil e inverosímil. El caso es que, al enterarse de que Carlos V está luchando contra el Barbarroja en la lejana Túnez, la joven renuncia inexplicablemente a regresar a su Valencia natal, para unirse a las tropas del César. Abandona el atavío femenino, se corta el pelo y empuña la espada, destacando por valor y lealtad: así es cómo la frágil doncella se convierte en el intrépido don Fernando. Su entrega incondicional a la causa imperial le granjea el favor del Habsburgo, quien le concede de entrada el grado de capitán de caballos y luego el hábito de Santiago, además de una generosa renta, nombrándole finalmente virrey de Valencia.

En Italia nuestra heroína se reencuentra de manera fortuita con Carlos, quien se ha evadido de la prisión (donde le habían encerrado por el supuesto asesinato de Estela y el ocultamiento de su cadáver), alistándose en el ejército. Intima con él, le hace repetir una y otra vez su historia y le demuestra su benevolencia, eligiéndolo como secretario. Cuando le toca tomar posesión del cargo de virrey, lo lleva consigo a España, como hombre de su máxima confianza, y da la casualidad que la primera causa que le corresponde dirimir es precisamente la que concierne a la misteriosa desaparición de

¹¹ Senabre añadió este fundamental eslabón a la cadena de transmisión textual que conduce desde el cuento XV del *Patrañuelo* hasta la *maravilla* novena, cadena que hace ya un siglo fue parcialmente reconstruida por Place (30-32). Aun haciéndose eco de su importante contribución, Foa (134-135) puso de relieve las diferencias entre la novela lopesca y la de Zayas, y Chevalier (130) resaltó las “claras raíces folclóricas” del episodio de la mujer juez de su marido o amante. Por su parte, Fernández Rodríguez y Muguruza analizaron sendos textos lopescos reescritos por doña María en su entretenido sarao, evocando ambos el caso de *El juez de su causa*. Queda pendiente un análisis exhaustivo de la homónima pieza teatral del Fénix, cuya enrevesada historia editorial trazó brevemente Fernández Rodríguez (635-636, n. 28). Asimismo, cabe profundizar en las deudas que Zayas contrajo con la comedia de Lope (donde, como apuntó *en passant* Senabre, se desarrolla el motivo de la mujer que en traje varonil juzga a su marido), y que posiblemente no se limitaran a la adopción del título, lo que confío aclarar en un trabajo de próxima publicación.

Estela. El conde italiano, su novio, y los padres de ella siguen convencidos de que ha sido violada y matada por Carlos, quien, por otra parte, confía en el amparo y favor de su señor.

Como pusiera de manifiesto Ricardo Senabre, en la parte final de la novena *maravilla* Zayas se aleja sensiblemente de su fuente lopesca primaria (*Las fortunas de Diana*), y al hacerlo logra sin duda las escenas mejor resueltas –además de originales– de toda la novela. A Fernando/Estela le duelen las sospechas sobre la integridad y fidelidad de la amada que Carlos le ha manifestado repetidas veces, y que parecen tener un sólido fundamento en la simultánea volatilización del paje Claudio.¹² Por eso decide vengarse con cierta malicia:¹³ si a lo largo del pleito no para de alentar a su secretario, haciéndole vislumbrar un veredicto absolutorio, el mismo día de la sentencia le trata con profunda hostilidad.

A su entender, todo le delata como culpable: se ha despertado demasiado temprano (“Madrugado has, amigo Carlos, algo hace sospechosa tu inocencia tu cuidado, porque el libre duerme seguro de cualquiera pena”), viste de manera excesivamente elegante (“¿pues el día que has de ver representada tu tragedia en la boca de tantos testigos como tienes contra ti, te adornas de las más lucidas galas que tienes?”), y –lo más grave– habla de Estela en pasado (“Di que la adoras [...] que te haces sospechoso en hablar de pretérito y no sentir de presente”).¹⁴ Por si faltaran indicios, la evasión de las cárceles valencianas es otra prueba en su contra.

En fin, teniendo en cuenta la peligrosidad del acusado y el riesgo de huida, el virrey le hace desarmar y vigilar por guardias. Tras pronunciar su condena a muerte, le deja sólo una esperanza endeble de salvación: si Estela reapareciese con vida, se le absolvería de todo cargo. Carlos, hundido, protesta una vez más de su inocencia, arrepentido de haber amado a una “mudable, inconstante y falsa mujer” (Zayas 2000, 509), quien quizá se haya fugado con su paje, desentendiéndose de él:

- [...] El paje era galán y Estela hermosa. Ella mujer y él hombre. Quizá...
- ¡Ah, traidor -respondió el virrey-, y cómo en ese quizá traes encubiertas tus traidoras y falsas sospechas! ¡Qué presto te has dejado llevar de tus malos pensamientos! Maldita sea la mujer que con tanta facilidad os da motivo para ser tenida en menos, porque pensáis que lo que hacen obligadas de vuestra asistencia y perseguidas de vuestra falsa perseverancia hacen con otro cualquiera que pasa por la calle [...]. (Zayas 2000, 509).

Don Fernando reacciona con energía ante tan injusta desconfianza, reprochándole sus prejuicios ruines, volviendo por el honor de Estela, y a la vez

¹² Recuérdese que, a lo largo de su común servicio a la Corona, en varios coloquios con el capitán, don Carlos expresa sus dudas acerca de la sinceridad de Estela: “tenía para sí que, por querer más que a él al paje, había hecho aquella vil acción, dándole a él motivo a no quererla tanto y desestimarla [...]. Y en lo que paraban sus sospechas era en creer que Estela no le trataba verdad con su amor, pues le había dejado en ocasión de perder la vida por justicia”. Por su parte, don Fernando siempre le anima (en balde) “a que tengas a Estela en mejor opinión que hasta aquí”, basándose en la evidencia de que en las mujeres nobles no cabe la liviandad. *Vid.* Zayas (2000, 502-504).

¹³ Chevalier (129) llegó a hablar de “delectación morosa” rayana en el sadismo, “cuya justificación se le escapa al lector, dado que no se ve claramente en qué pecó Carlos contra las leyes del amor”. Sin embargo, a la par que su heroína, Zayas no puede pasar por alto el que don Carlos haya puesto una y otra vez en entredicho la honestidad de Estela, ya que “ni es caballero, ni noble, ni honrado el que dice mal de las mujeres”. Zayas (2017: 506). Como subrayó atinadamente Senabre (171), esta parte final del relato, a la que doña María otorga mayor amplitud con respecto a la fuente lopesca, “se convierte en el eje de la obra y de la actitud feminista”.

¹⁴ Las tres citas proceden de Zayas (2000, 508-509).

subvirtiendo estereotipos y apariencias: ni Claudio era hombre (al haberse simplemente disfrazado como tal), ni Estela mujer, sino ángel. El breve monólogo con el que alecciona a su prometido culmina con la esperada anagnórisis que, sin embargo, no cierra la *maravilla*: aún falta informar al emperador del extraordinario caso y atenerse a sus disposiciones. Carlos V, incrédulo más que nadie, por haber sido testigo presencial de las hazañas de Fernando, finalmente opta por confirmar a Estela “el estado que le había dado, añadiendo a él el de Princesa de Buñol, y a don Carlos el hábito y renta de Estela, y el cargo de virrey de Valencia” (Zayas 2000, 511).

Sorprende que estas postreras líneas del relato no hayan merecido la atención que era de esperar por parte de la crítica. A la luz de ellas cabe matizar una de las conclusiones a las que llegara Ricardo Senabre (168): “Nada hay en doña María que, no hallándose en Lope, aparezca en Timoneda”. En realidad, el detalle de la atribución a don Carlos de las dignidades y mercedes ya otorgadas a Estela, que no figura ni en la novela ni en la pieza teatral de Lope, tiene visos de estar inspirado justamente en el cuento XV del *Patrañuelo*. Su protagonista, Finea, fiel y honesta esposa de Casiodoro, por culpa de una infame calumnia, afronta varias peripecias, sobreponiéndose y triunfando en traje varonil, bajo el nombre de Pedro. Al ser designada regente de la cancillería por el rey de Candía, le corresponde juzgar el pleito que mantienen su padre y su marido, al final del cual, una vez aclarada la falsedad de las acusaciones de que había sido víctima, Finea revela su identidad, restableciendo la armonía familiar. Ahora bien, la mujer

por haber llegado en aquel estado, daba muchas gracias a Dios y a su Alteza, y [...] si servido era, aquel mismo le suplicaba que diese a su marido. El rey, atónito y maravillado de semejante caso, fue contento, con tal condición, que no pudiese oír su marido, ni determinar causa ninguna, sin que primero no estuviese ella presente. Y le hizo, sin eso, de ver su bondad y fortaleza, infinitísimas mercedes. (Timoneda, 203-204).

Desde luego en Timoneda la idea de transferir el prestigioso cargo a Casiodoro es de la protagonista, no del soberano, quien se limita a acceder a su petición, añadiendo una condición, que tampoco se recoge en la *maravilla* zayesca: Finea deberá presenciar todos los pleitos que serán juzgados por su esposo, con lo cual se le confiere el papel de consejera y supervisora. Es que si ella se había ganado a pulso la confianza real, dando prueba de sagacidad y prudencia reiteradas veces, no podía decirse lo mismo del cónyuge, a quien cabía achacar cuando menos el incumplimiento del pacto estipulado con el suegro y un intento de uxoricidio.¹⁵

En *El juez de su causa*, el emperador Carlos V *motu proprio* dispone el truco de roles. Cuando todo ya ha vuelto a su cauce, hubiera sido impensable que una mujer tuviera acceso permanente a dos mundos privativos de los hombres: el de las órdenes militares, y el de la administración política. Aun así, el Habsburgo otorga a Estela el estado de princesa de Buñol, que doña María de Zayas inventa forzando la realidad histórica: es sabido que Buñol y toda su comarca (que desde mediados del siglo XIII formaban parte del reino de Valencia) nunca llegaron a ser principado, evolucionando

¹⁵ Distinto es el caso de don Carlos en *El juez de su causa*. Dejando a un lado su condición de fugitivo, la única culpa que se le puede atribuir es su porfía en dudar de la honorabilidad de Estela tanto en los diálogos privados que mantiene con don Fernando, como en las fases finales del juicio público. Por lo demás, es hombre “noble y rico, y de las partes que pudiera Estela elegir un noble marido”, según nos señala Zayas (2000, 487) al principio de la novela.

de señorío a baronía, y luego a condado a principios del siglo XVII.¹⁶ La concesión de tan alto título aristocrático no deja de ser una manera sutil de reconocer la superioridad moral y social de Estela con respecto al futuro marido, y quizá también un premio a la honradez y nobleza de ánimo que ha demostrado rechazando las bodas con el acaudalado conde italiano, en nombre de un amor desinteresado y constante.

2. El atrevimiento de Laura Carafa

Cuando Nise termina de contar la quinta *maravilla* del honesto y entretenido sarao, las damas y caballeros que asisten a la velada manifiestan su honda admiración, “cual exagerando el amor de Laura, cual su entendimiento, y *todos su atrevimiento*” (Zayas 2000, 370).¹⁷ Los oyentes celebran unánimes el valor demostrado por la protagonista, Laura Carafa, al acudir sola, entre tinieblas, a un siniestro humilladero,¹⁸ donde procura, sin éxito, hacerse con los ingredientes indispensables para un ritual de *philocaptio*. Sin embargo, la osadía de Laura va más allá de esa arriesgada misión nocturna, como veremos a continuación.

Tras un breve galanteo, no exento de peligros,¹⁹ el aristócrata Diego Pignatelli consigue la mano de la doncella, pero, aunque sus sentimientos sean correspondidos, y ambos jóvenes gocen de los bienes de naturaleza y fortuna, la felicidad de los recién casados pronto se vuelve en desdicha.

La narradora nos lo advierte: su historia de amor no tendrá un final feliz, porque en los hombres –y aún más en los que llegan a poseer el objeto de sus deseos– la firmeza brilla por su ausencia. Nadie pues debería envidiar la suerte de la novia:

¿Quién duda que dirán los que tienen en esperanzas sus pensamientos: “¡Oh, quién fuera tan venturoso que mis cosas tuviesen tan dichoso fin como el de esta noble dama!” Y más las mujeres, que no miran más inconvenientes que su gusto. [...] ¿Qué le faltaba a Laura para ser dichosa? Nada, sino haberse fiado de amor y creer que era poderoso para vencer los mayores imposibles, que harto era pedir a un hombre firmeza, y más si posee; estime y déla [por] aborrecida, aunque sea más bella que Venus. (Zayas 2000, 353).

Pocos meses después de la boda, seducido otra vez por Nise, su antigua amante, el ingrato don Diego empieza a faltar a la mesa y a la cama conyugal. Es entonces cuando Laura incurre en la primera infracción del código de conducta al uso. Dolida por el repentino cambio de actitud del marido, y aún a oscuras de la relación clandestina que éste mantiene, exterioriza su pesar con lágrimas y palabras. Sus tiernos reproches provocan la violenta reacción del hombre, quien la agrede verbal y físicamente. La situación empeora por momentos cuando la dama, empeñada en averiguar la causa de tanto desdén, descubre el adulterio y se da por entendida: lo único que consigue es que Diego la engañe ya sin tapujos, dando rienda suelta a sus deseos pecaminosos, y que la rival, a quien en balde suplica que abandone su pretensión, le pierda el respeto, empezando a actuar con desfachatez. Los Carafa no tardan en enterarse de la afrenta, lo que provoca rencillas y disgustos.

¹⁶ Fue Felipe III quien en 1603 creó el condado de Buñol para Gaspar Mercader i Carròs.

¹⁷ La cursiva es mía.

¹⁸ Sobre su precisa localización napolitana remito a Gagliardi (2019, 379-382). Para una posible larga estancia de Zayas en la ciudad partenopea en la madurez de su vida, véase Gagliardi (2018 y 2019).

¹⁹ Don Diego sale herido de una pendencia nocturna con los hermanos de Laura, alertados por su serenata.

Todo precipita la noche en que Laura trata de aliviar su pena cantando para sí una endecha, con la cual acusa al marido (bajo el nombre de Albano) de deslealtad. Al escuchar cómo le afea sus múltiples infidelidades, en un arrebato de ira el hombre le pone la mano encima, haciéndola sangrar, y casi la mata con su daga. Solo la intervención del hermano de Laura, Carlos, impide que se lleve a cabo el uxoricidio.

A raíz de la fractura insanable en las relaciones con el yerno, don Antonio Carafa decide dejar Nápoles y regresar a su mansión de Piedra Blanca, abandonando de hecho a la hija a su destino. Denostada, maltratada, menospreciada por Diego, desamparada por los suyos, incapaz de resistir a la fuerza del amor,²⁰ la dama napolitana recurre entonces a la *extrema ratio*, solicitando los buenos oficios de una supuesta hechicera,²¹ con tal de reconquistar el corazón del consorte.

En un iluminante artículo de hace unos años, Mary Louise Salstad puso de manifiesto el carácter transgresor de Laura Carafa frente al patrón de perfecta casada dibujado por los predicadores de la época. En vez de ser una esposa sumisa, sufrida y silente, la noble napolitana expresa sus sentimientos, reivindica el derecho a ser querida y respetada, recuerda a Diego el compromiso matrimonial contraído, lucha por su amor contra viento y marea, dispuesta a invertir toda su hacienda (¡y hasta a venderse!) para recobrar el afecto del hombre de quien cree que depende su felicidad y bienestar. Así se lo declara a la embustera cuyo auxilio solicita:

Amiga, si tú haces que mi marido aborrezca a Nise y vuelva a tenerme el amor que al principio de mi casamiento me tuvo, cuando él era más leal y yo más dichosa, tú verás en mi agradecimiento y satisfacción de la manera que estimo tal bien, pues será darte la mitad de mi hacienda. Y cuando esto no baste, mide tu gusto con mi necesidad y señálame tú misma la paga, que si lo que poseo es poco, *me venderé para satisfacerte*. (Zayas 2000, 362).²²

Lo cierto es que cuando nuestra dama se dispone a seguir las instrucciones de la embaucadora rompe otro molde comportamental aparentemente granítico, cruzando el umbral de su casa sola y en plena noche, en búsqueda de barba, cabellos y dientes de un ahorcado.²³ Cubierta con el manto de una criada y provista de una linternilla para avanzar en la oscuridad, se encamina hacia el lejano humilladero donde confía conseguir “tan civiles cosas”, a sabiendas de que, si Diego hubiese reparado en su ausencia injustificada, ella misma habría firmado su propia condena a muerte o al repudio.²⁴ Ni falta hace recordar que a las mujeres de bien se les permitía salir en contadas ocasiones: casi exclusivamente para ir a misa, siempre acompañadas por sirvientas o familiares, y rara vez de noche. Expuesta a mil peligros, Laura llega a pie al humilladero donde, bordeando el abismo, se acerca a algún que otro cadáver de ajusticiado, pero sin lograr hacerse con las ansiadas “reliquias”.

Rescatada por su querido hermano Carlos, cuya aparición bien puede definirse milagrosa, la joven, de vuelta a la casa paterna, recapacita y entiende que el amor de un hombre, voluble e inconstante por definición, no merece tanto sacrificio. Ni los ruegos del mismísimo virrey de Nápoles, don Pedro Fernández de Castro, quien intercede ante

²⁰ Para las múltiples connotaciones del título de la novela véase Guarino (101-105).

²¹ Zayas (2000, 362-363) la tilda primero de “embustera” y más adelante de “falsa enredadora”, animada exclusivamente por la codicia (“quería entretener la cura para sangrar la bolsa de la dama y encubrir su enredo”).

²² La cursiva es mía.

²³ Sobre éste y otros rituales de amarre en la narrativa de Zayas véase Zamora.

²⁴ Tanto es así que cuando Diego no la encuentra, al regresar a casa, “hecho un león, la quería poner fuego, creyendo que la noble dama era ida, o huyendo de él o a quitarle la honra” (Zayas 2000, 368).

ella por un arrepentido Pignatelli, consiguen apartarla del firme propósito que ha madurado: casarse con el esposo por antonomasia, que nunca defrauda ni engaña, Dios. A estas alturas la reconciliación con el cónyuge infiel, por la que abogan también los varones Carafa,²⁵ es inviable. Laura hace oídos sordos a todas las autoridades masculinas que se supone deberían guiar su conducta cristiana: la política (el virrey Lemos que fracasa en su doble papel de mediador e inquisidor: ni siquiera consigue sonsacarle el nombre de la taimada hechicera); la religiosa (los predicadores que invocaban la cristiana resignación de las esposas frente a los vicios del consorte); la familiar (tanto el padre como los hermanos son incapaces de convencerla, mientras que el marido ha perdido definitivamente su confianza).

Cuando Diego fallece en la guerra entre Felipe III y el duque de Saboya, Laura, por fin libre de todo vínculo terrenal, toma el hábito de religiosa en el convento de la Concepción al que se había acogido tras la separación. A falta de armas para defenderse de los ataques de los hombres, la opción más prudente para una mujer escarmentada no deja de ser el retraimiento, lo que, sin embargo, no equivale necesariamente a renunciar a una vida plena.²⁶

3. La metamorfosis de Hipólita: de aspirante a adúltera a vengadora de la honra

Al fin se paga todo es una de las novelas más sorprendentes de la colección zayesca por sus tonalidades tragicómicas y por la dramática evolución que experimenta la protagonista, Hipólita. Don García, caballero madrileño, se topa con ella una noche de invierno, cuando alguien la arroja de una casa a la calle con violencia, como si de un bulto se tratase. Pese a estar la dama en paños menores y malherida, el joven queda prendado de su belleza, honestidad y compostura. La socorre, la lleva a su posada y al día siguiente se convierte en “archivo de sus secretos”.²⁷

El relato de Hipólita arranca de la boda con don Pedro, hermano de otro pretendiente suyo, Luis, que nunca dejaría de amarla, desearla y cortejarla. Tras ocho años de serena vida conyugal, apenas empañados por las insinuaciones de su cuñado, quien reside en la casa colindante, Hipólita se enamora de un soldado portugués, Gaspar, con quien planea consumir el adulterio en hasta cuatro ocasiones. Los imprevistos que se lo impiden (casi siempre el intempestivo regreso del marido) con sus consecuencias a veces cómicas –véase la huida del amante atascado en el marco de una ventana– recuerdan sin duda las situaciones escabrosas y la atmósfera festiva de ciertas novelas del *Decameron*, pero en la última cita clandestina se produce un giro inesperado, virando la aventura erótica hacia el drama. Gaspar parece haber muerto accidentalmente por asfixia en el baúl donde se ha escondido, e Hipólita, para deshacerse del supuesto cadáver, no tiene más remedio que recurrir a la ayuda del cuñado, a quien se ve obligada a confesar sus debilidades.

Eso tendrá dos consecuencias de importancia capital para la dama: la ruptura con el portugués (que sólo se ha desmayado y al volver en sí, amenazado de muerte por Luis, le promete truncar la relación) y el chantaje del propio Luis. Como Hipólita no cede a sus deseos ni ahora que está en falso, el hombre urde un plan infame para yacer con ella. Abre una pequeña puerta en el tabique que separa el desván de su casa del de

²⁵ No se olvide que Laura es huérfana de madre.

²⁶ A juicio de Cotoner y Riera (300), el convento es un refugio donde cabe “la posibilidad de realizar por lo menos dos de los ideales de la escritora: dedicarse al estudio y salvaguardar su dignidad de persona en un estado que garantizaba, además de la estimación social, la convivencia con compañías más seguras”.

²⁷ Así se define a Fabio, confidente de Jacinta, en “Aventurarse perdiendo”. Cf. Zayas (2000, 179).

la vivienda de su hermano y cuñada, y por allí penetra en el dormitorio de la pareja, con nocturnidad y alevosía, suplantando la identidad de Pedro. Para más inri, al día siguiente se mofa de Hipólita, citando un comentario escuchado de su boca, momentos antes de gozarla.

La dama cae en la cuenta de lo ocurrido y empieza a fraguar su terrible venganza, esta vez sin pedir auxilio a nadie. Registra cada aposento de la casa en busca de evidencias, y finalmente da con la puertecilla del desván que don Luis ha dejado abierta, quizá con vistas a futuras incursiones. Sin embargo, esa misma noche es Hipólita quien traspasa esa puerta, desandando el camino de su violador. Decidida a lavar ella misma con sangre la mancha de la ofensa padecida, honrando así el nombre de guerrera que lleva,²⁸ daga en mano,²⁹ se introduce en la habitación de don Luis, quien pasa del sueño a la muerte sin solución de continuidad, apuñalado en el corazón hasta siete veces. Acto seguido, la dama, con todas sus joyas envueltas en un lienzo, corre a la posada de Gaspar, presta a rehacer su vida con él, pero, una vez allí, se lleva una amarga sorpresa. El soldado la rechaza, acusándola de traición:

–¡Ay, traidora liviana! -dijo don Gaspar-. Ahora confirmo mi pensamiento, que fue entregarme a tu galán para que me diese la muerte, cansada de mi firme amor, enfadada de mis importunaciones, y ahora que te has hartado de él, cual otra Lamia lasciva y adúltera Flora, cruel y desleal Pandora, le has quitado la vida, y quieres que yo también acabe por tu causa. Pues ahora verás que como hubo amor habrá aborrecimiento, y como tuviste mal trato habrá castigo. (Zayas 2000, 440-441).

Tras dejarla en camisa, el portugués la golpea salvajemente con la pretina hasta provocar su desmayo entre gemidos sofocados, y se deshace luego de ella, desnuda y apaleada, tirándola a la calle, no sin antes haberle robado sus alhajas. Es entonces cuando interviene don García, quien toma cartas en el asunto, propiciando el feliz (según se mire) desenlace de la historia. Después de averiguar que don Pedro ha sido detenido por el asesinato de su hermano y que don Gaspar ha salido a toda prisa para Lisboa, persuade a Hipólita a acogerse a lo sagrado y a ponerse en contacto con las autoridades competentes, a fin de negociar la libertad del marido inocente.

Finalmente, su Majestad,³⁰ averiguado el móvil de la rea confesa, le concede el perdón y da orden de soltar a don Pedro. No obstante, pese a los encarecidos ruegos de este último, la dama se niega a volver al hogar conyugal, al que prefiere el convento (pero sin profesar), alegando que “honor con sospecha no podía criar perfecto amor ni conformes casados” (Zayas 2000, 443): a su juicio la sombra de don Gaspar hubiera seguido cerniéndose sobre ellos, provocando inevitables celos. A raíz de la indeseada separación, el caballero enferma y fallece, dejando a Hipólita única heredera de toda su hacienda. “Libre, moza y rica” (Zayas 2000, 444), la mujer se casa entonces con don García, quien nunca ha dejado de visitarla y regalarla durante su reclusión en el convento.

²⁸ Según la mitología griega, se llamaba Hipólita la reina amazona “contra la que tuvo que luchar el mismo Hércules. Nótese como los nombres propios de las protagonistas van añadiendo matices semánticos a su personalidad” (Paba 219, n. 24).

²⁹ Es la daga del marido, que Hipólita, tras el asesinato, volverá a meter en la vaina, sin limpiar la sangre de que está cubierta, lo cual hará recaer sobre don Pedro sospechas y acusaciones por parte de la justicia.

³⁰ Aunque no se le nombre expresamente, el rey que hace gala de su magnanimidad es sin duda Felipe III, puesto que la novela está ambientada en el Valladolid de principios del XVII, convertido en sede de la Corte entre 1601 y 1606.

Nótese que el caballero, al que solo le faltaba un buen patrimonio para alcanzar la perfección, llegará –a diferencia del primer marido– a darle hijos, señal de la bendición divina que desciende sobre la nueva pareja. Mientras tanto, el infame don Gaspar no se sustrae a la justicia del cielo, muriendo por mano de su criado, deseoso de hacerse con las joyas de Hipólita. Al ladrón le tocará a su vez el debido castigo al cabo de un tiempo, siendo ajusticiado por salteador. Al pie de la horca confesará el asesinato de su amo, dejando patente lo certero que es el refrán con que don Miguel ha introducido su *maravilla*: no se hace tanto, cuanto se paga, o, si se prefiere, al fin se paga todo, como el narrador se encarga de subrayar al final del relato.

Sin embargo, más de un crítico ha llamado la atención sobre la aparente contradicción que entraña la novela: el título bien puede aplicarse a todos los personajes de la historia que cometen delitos o infracciones (don Luis, don Gaspar, su criado) excepto a la protagonista, quien, en palabras de Olivares (77-78), no es sino una “mujer pecaminosa” finalmente premiada al igual que la virtuosa Clara de “El desengaño amando”, “una *bad girl* que se sale con la suya”. Coincide con él Paba, quien juzga relativa, “poco ortodoxa y mucho menos convencional” la lección moral encerrada en la historia, al considerar que a Hipólita no se la sanciona de ninguna manera: “rehabilitada y rica, pues hereda los bienes de su marido don Pedro, finalmente se une en matrimonio con don García” (Paba, 220).

Aun así, bien mirado, ella paga en realidad un precio muy alto por su adulterio en potencia: no solo acaba insultada, pegada, robada y echada por su fallido amante, al que sigue queriendo, más que antes –si cabe–,³¹ sino que es víctima de una violación, a la cual da pie justamente esa relación adúltera, aunque no consumada, con don Gaspar. Si don Luis se atreve a profanar el tálamo nupcial del hermano es porque Hipólita a sus ojos ya no es la dama idealizada e idolatrada, en nombre de cuyo amor ha renunciado a formar su propia familia, sino una “miserable y loca mujer” (Zayas 2000, 432),³² que cree poder gozar a su placer, aprovechando la situación de vulnerabilidad en que se ha puesto ella misma, confiando en su lealtad y discreción. Por otra parte, ya don Gaspar había dado prueba de lo inconstantes que llegan a ser los hombres para con sus queridas, cuando la noche de la primera cita clandestina con la dama, tras encontrar cerrada la puerta falsa del jardín donde habían quedado, salta a la rápida conclusión que ella ha dado paso a otro amante, “porque en siendo una mujer fácil, hasta con los mismos que la solicitan su facilidad se hace sospechosa” (Zayas 2000, 424).

La única víctima que se nos antoja del todo inocente es don Pedro: traicionado por su hermano, engañado por su esposa y encarcelado injustamente, cuando recupera la libertad no duda en perdonar a Hipólita, que está dispuesto a acoger otra vez bajo el techo conyugal, empero el disgusto y la tristeza que le provocan su negativa acaban llevándole a la tumba. Aparentemente “nada se le puede reprochar, ni siquiera los años o la negligencia” (Paba, 221), si bien la protagonista alude fugazmente a su carácter celoso,³³ y además en la *princeps* de las *Novelas amorosas y ejemplares* leemos una

³¹ Así lo afirma la misma Hipólita: “me veía despreciada y olvidada de don Gaspar, amándole por esta causa más que hasta entonces, si bien quebradas las alas de mis deseos” (Zayas 2000, 435-436).

³² Entresaco estas palabras de la reprimenda que don Luis dirige al soldado portugués, recién reanimado tras su muerte aparente.

³³ Cuando Hipólita se enamora de Gaspar, lamenta que el marido le dé pocas ocasiones para conceder favores al portugués: “porque, aunque vivía seguro de mí (o fuesen respetos de su honor, o fuerza de su amor), receloso como cuerdo, picaba tal vez el celoso necio” (Zayas 2000, 423). Sospecho que el texto contiene una errata, y que debería leerse “picaba tal vez *en* celoso necio”. Sea como fuere, el retrato modélico de don Pedro no está exento de sombras, según puede constatararse.

referencia a su edad avanzada (detalle que desaparecería en las ediciones siguientes).³⁴ En cualquier caso es indudable que, tras el severo y doble escarmiento que recibe por su desliz (la paliza y el estupro), a Hipólita “todo sucedió como quien tenía al cielo de su parte” –en palabras de doña María de Zayas³⁵–, quizá en virtud de su arrepentimiento por una infidelidad soñada y deseada pero, a fin de cuentas, nunca culminada en la práctica.

4. Conclusiones

Para las heroínas zayescas no hay vuelta atrás después de franquear la barrera figurada o real que marca sus límites de movimiento y acción, incluso cuando el orden constituido parece restablecerse. Aminta no acepta una boda reparadora sin más, aunque Martín le declare su honesto amor y la voluntad de llevarla al altar a pesar de los pesares, ni se plantea delegar en su futuro marido la venganza de la honra mancillada. A Hipólita, una vez aclarados su responsabilidad y móvil en el asesinato del cuñado, y conseguido el perdón de su esposo, en principio nada ni nadie le impediría el regreso a casa, pero ella misma se autoimpone el retiro en un convento, considerando inviable reanudar una convivencia conyugal ya definitivamente comprometida y ensombrecida – a su entender– por sospechas y celos.

Asimismo, Laura Carafa tras la aventura del humilladero, que representa un punto de inflexión en sus avatares, bien podría reconciliarse con un arrepentido don Diego, solución por la que abogan todas las autoridades masculinas, no obstante, decide tomar las riendas de su vida, acogándose a lo sagrado. Más problemático es el personaje de Estela, cuya transformación en el indómito don Fernando no está justificada en absoluto por nuestra autora. Cuando se le devuelve la libertad y se ejecutan sus enemigos capitales (Claudia y Amete), que han propiciado el cautiverio en Fez y un sinnúmero de vejaciones, decae cualquier obstáculo que dificulte su vuelta a casa, sin embargo, la doncella se decanta por emprender una carrera político-militar, que la llevará a ascender hasta el cargo de virrey de Valencia, y a juzgar la causa de su prometido.

Pese a las incoherencias de la trama de la novena *maravilla*,³⁶ Estela tal vez encarne mejor que nadie los ideales de doña María de Zayas, siendo la viva demostración de lo fundada que es su reivindicación de una educación igualitaria e inclusiva: “si en nuestra crianza, como nos ponen el cambrey en las almohadillas y los dibujos en el bastidor, nos dieran libros y preceptores, fuéramos tan aptas para los puestos y para las cátedras como los hombres, y quizá más agudas” (Zayas 2000, 160).

Frente a una realidad cotidiana en la que las figuras masculinas eran referentes obligados de la familia y del Estado,³⁷ al alcanzar por sus méritos la plaza de virrey, nuestra heroína “como gobernadora desmiente la supuesta inferioridad ontológica de la

³⁴ Hipólita cuenta que se casó con él “con mucho gusto mío, por tener mi esposo partes, *aunque de alguna edad* para que cualquiera se tuviera por muy dichosa” (Zayas 2000, 417, n. 9). La cursiva es mía.

³⁵ La cita procede de “El desengaño amando y premio de la virtud”. *Vid.* Zayas (2000, 408).

³⁶ Me limitaré a mencionar las más llamativas. Por una parte, carecen de todo fundamento los celos que inducen a Amete a raptar también a Claudia –“¿cómo quieres que me asegure de que luego no avisarás a la ciudad y saldrán tras mí, y me darán la muerte?” (Zayas 2000, 494)– puesto que, de haber delatado ella al moro, su querido don Carlos se hubiera reunido con Estela, frustrando así sus planes; por otra parte, no se entiende cuál es el detonante de la metamorfosis masculina de la protagonista, por qué durante años parece olvidarse por completo de su familia y demás afectos, ni cómo, ni dónde, ni cuándo aprende a manejar las armas y a batallar.

³⁷ Sobre el estatuto de minoría que caracteriza a las mujeres del Siglo de Oro, véase Gagliardi (2010, 25-48).

mujer” (Olivares, 81), una inferioridad contra la que Zayas pronuncia directa o indirectamente encendidos discursos a lo largo de su obra.³⁸ Al cabo, el que una flaca doncella sea capaz de empuñar tanto la espada como la vara de la justicia, cruzando umbrales aparentemente infranqueables, es sin duda la prueba más fehaciente de que el alma humana no entiende de sexos.

Obras citadas

- Chevalier, Maxime. “Un cuento, una comedia, cuatro novelas (Lope de Rueda, Juan Timoneda, Cristóbal de Tamariz, María de Zayas).” En Idem. *Cuento tradicional, cultura, literatura (siglos XVI-XIX)*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca (Acta Salmanticensia. Estudios filológicos, 272), 1999. 125-134.
- Cotner, Luisa – Riera, Carmen. “Zayas o la ficción al servicio de la educación femenina.” En Iris M. Zavala ed. *Breve historia feminista de la literatura española (en lengua castellana)*, vol. IV: *La literatura escrita por mujer (de la Edad Media al s. XVIII)*. Barcelona: Anthropos, 2000. 281-303.
- Fernández Rodríguez, Daniel. “Las cosicosas de doña María: ecos de *Virtud, pobreza y mujer*, Lope y otros ingenios en *La esclava de su amante* de Zayas (y unos apuntes sobre la *Parte veinticinco perfeta y verdadera*).” *eHumanista* 38 (2018): 627-640.
- Foa, Sandra M. *Feminismo y forma narrativa. Estudio del tema y las técnicas de María de Zayas y Sotomayor*. Valencia: Albatros, 1979.
- Gagliardi, Donatella. “De aristócratas, ahorcados, hechiceras y clérigos salvajes: Nápoles en dos novelas de doña María de Zayas.” *eHumanista* 43 (2019): 376-394.
- . “Dos testamentos inéditos de doña María de Zayas (Nápoles, 1656 y 1657).” *eHumanista* 40 (2018): 561-586.
- . *Urdiendo ficciones. Beatriz Bernal autora de caballerías en la España del XVI*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2010.
- Guarino, Augusto. “Una novella napoletana di María de Zayas y Sotomayor: *La fuerza del amor*.” En Caterina De Caprio ed. *La tradizione del “cunto” da Giovan Battista Basile a Domenico Rea*. Napoli: Libreria Dante & Descartes, 2007. 93-110.
- Muguruza Roca, Isabel. “Lope de Vega reescrito por María de Zayas: *La viuda valenciana*, una comedia entre dos novelas.” *Anuario Lope de Vega. Texto, literatura, cultura* XXVI (2020): 445-469.

³⁸ Léase por ejemplo el apasionado soliloquio de Laura Carafa: “¿Por qué, vanos legisladores del mundo, atáis nuestras manos para las venganzas, imposibilitando nuestras fuerzas con vuestras falsas opiniones, pues nos negáis letras y armas? ¿El alma no es la misma que la de los hombres? Pues si ella es la que da valor al cuerpo, ¿quién obliga a los nuestros a tanta cobardía? Yo aseguro que, si entendierais que también había en nosotras valor y fortaleza, no os burlarais como os burláis. Y así, por tenernos sujetas desde que nacemos, vais enflaqueciendo nuestras fuerzas con los temores de la honra, y el entendimiento con el recato de la vergüenza, dándonos por espada ruecas, y por libros almohadillas” (Zayas 2000, 364-365).

- Olivares, Julián. "Introducción." En María de Zayas, *Novelas amorosas y ejemplares*. Edición de Julián Olivares, Madrid: Cátedra (Letras Hispánicas 482), 2000. 11-135.
- Paba, Antonina. "El honor restaurado: mujeres vengadoras en las *Novelas amorosas y ejemplares* de María de Zayas." En Javier Espejo Surós & Carlos Mata Induráin eds. *Trazas, ingenio y gracia. Estudios sobre María de Zayas y sus Novelas amorosas y ejemplares*. Pamplona: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2021. 211-224.
- Place, Edwin B. *María de Zayas, an Outstanding Woman Short-story Writer of Seventeenth-Century Spain*. Boulder: The University of Colorado Studies, 1923.
- Salstad, M. Louise. "The Influence of Sacred Oratory on María de Zayas: A Case in Point, *La fuerza del amor*." *MLN* 113 (2), Hispanic Issue (Mar. 1998): 426-432.
- Senabre, Ricardo. "La fuente de una novela de doña María de Zayas." *Revista de Filología Española* 46, 1/2 (1963): 163-172.
- Timoneda, Joan. *El Patrañuelo*. Edición de M^a Pilar Cuartero Sancho. Madrid: Espasa-Calpe (Colección Austral 175), 1990.
- Zamora Calvo, María Jesús. "La magia amorosa en la narrativa de María de Zayas." En Javier Espejo Surós & Carlos Mata Induráin eds. *Trazas, ingenio y gracia. Estudios sobre María de Zayas y sus Novelas amorosas y ejemplares*. Pamplona: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2021. 243-262.
- Zayas, María de. *Novelas amorosas y ejemplares*. Edición de Julián Olivares. Madrid: Cátedra (Letras Hispánicas 482), 2000.
- . *Desengaños amorosos*. Edición de Alicia Yllera. Madrid: Cátedra (Letras Hispánicas 179), 2017.